



Reflexión Política

ISSN: 0124-0781

reflepol@bumanga.unab.edu.co

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Colombia

Sánchez Herrera, Javier

Líderes y elites

Reflexión Política, vol. 6, núm. 12, diciembre, 2004, pp. 28-39

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Bucaramanga, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11061204>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Líderes y elites

Sumario:

Objeto de estudio. Metodología. La relación entre el líder y la élite política. La relación entre el líder y los seguidores. Las evidencias empíricas.

Resumen:

El liderazgo representa una “personalización del poder”. El desarrollo de los medios de comunicación de masas, especialmente la televisión, ha dado preeminencia a las actividades directas de los líderes. Lo que aquí pretendemos es explorar la influencia del líder en la vida política y su relación con las élites políticas. Las oscilaciones en el voto entre distintas elecciones se explican mejor por factores coyunturales como la valoración política de los candidatos o el aprecio por el partido que por factores estructurales como la clase social. En definitiva, está probado el influjo del líder como factor de decisión y explicación del voto a los partidos que representan.

Palabras claves: Líderes, élites políticas, democracia, representación política, elecciones.

Abstract:

The leadership represents a “personalization of power”. The expansion of mass media communications (specially the television) led to the prominence of leader's direct activities. Here we try to search the influence of the leader in the political life and his relation with political elites. The oscillations of the vote between different elections are better explained by temporal factors (as political valuation of the candidates or appreciation to the political party) than structural factors as social class. In sum, it is proved the influence of the leader as a decisive factor in the explication of the vote's behaviour.

Key words: Leaders, political elites, democracy, political representation, elections.

Artículo: Recibido, julio 22 de 2004; aprobado, agosto 20 de 2004.

Javier Sánchez Herrera: Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Profesor de la Universidad de La Laguna. Departamento de Sociología. Responsable del Departamento de Ciencia Política del Centro Asociado de la UNED en Las Palmas de Gran Canaria.

E- mai: fjsher@ull.es

Líderes y élites

Javier Sánchez Herrera

La personalización de la política no es un fenómeno desconocido ni nuevo en la ciencia política y la sociología. Mucho menos en la política, donde los partidos y los países no han dejado de contar con ellos para impulsar el progreso general de la sociedad. En este texto desarrollaremos un análisis de la relación existente entre los líderes y las élites en una sociedad democrática, donde el poder puede ser personalizado, pero no personal, que es el propio de las dictaduras.

El liderazgo se está concibiendo de nuevo como una baza fundamental para llevar a cabo labores de dirección política, recabar legitimidad, conseguir votos y proseguir la búsqueda de la felicidad de los ciudadanos. Estos necesitan sueños, valores, un proyecto de futuro. Y todo esto precisa de un líder capaz de simbolizar la unidad de su partido y por extensión, la unidad del país. Por el contrario, los votantes suelen reprobar claramente en las urnas a los partidos divididos, pues temen que esa división fraccional contagie al resto de la sociedad.

El liderazgo como objeto de estudio ha tenido tan pocos cultivadores como las élites políticas y si me apuran, las élites han tenido incluso menos. Porque el estudio del liderazgo ha sido abordado no sólo desde la ciencia política y la sociología, sino también desde la antropología, los estudios empresariales, la teoría de las organizaciones y la psicología, entre otras disciplinas. Es más, opinamos que desde estas últimas se ha tratado el tema de una forma más profunda y abundante que desde las dos primeras.

Laswell (1974, p. 9) afirma que: "El estudio de la política es el estudio de la influencia y de los influyentes. (...) Influyentes son quienes obtienen la mayor participación en los valores disponibles, valores que pueden clasificarse en respeto, renta, seguridad. Quienes obtienen esa mayor participación constituyen la élite; el resto, la masa". Da la sensación de que Laswell incluye al líder en la élite y a los seguidores en la masa, tal como defendemos aquí.

Objeto de estudio

El objeto de nuestro trabajo es la relación que se establece entre los líderes y las élites políticas, un tema muy poco tratado y generalmente, causa de desencuentro o incluso de enfrentamiento entre los investigadores. Da la impresión de que el estudio de uno de estos objetos es incompatible con el análisis del otro. “El término ‘liderazgo’ viene utilizándose en las ciencias sociales con, al menos tres acepciones diferentes: i) como rasgo o cualidad de una persona; ii) como atributo de una posición, y iii) como categoría de comportamiento”. (Natera, 2001, p. 23). Nosotros vamos a adoptar un enfoque ecléctico para acoger todas las concepciones del liderazgo político, pues lo que más nos interesa no es tanto el liderazgo, como el vínculo que le une a las élites políticas. Al fin y al cabo, el líder es una persona con una habilidad fundamental: convencer y atraer a una gran cantidad de seguidores con el fin de alcanzar una meta. Y antes de atraer a una masa, ha tenido que convencer a la minoría. Es más, estimamos que para poder atraer a esa masa de seguidores, ha tenido también que ser ayudado por un grupo selecto. Aquí es donde aparece la élite. En torno a todo líder encontramos una élite política que le ayuda a dirigir el movimiento u organización y a generar entusiasmo a favor de un proyecto político.

El primer objetivo del líder es alcanzar y consolidar el poder. De ahí que el análisis político de las relaciones entre la élite y el líder sea un análisis del poder y del político como acaparador de poder para él y para sus seguidores. Desde luego, no concebimos al líder como un mero producto de una sociedad y una época determinadas, reflejo de las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales de las mismas (factores estructurales que no puede controlar), sin jugar un papel relevante en los acontecimientos históricos. Ni tampoco nos deslizamos al otro extremo pensando que el líder es siempre el caudillo carismático de la clasificación de Weber, a quien los partidarios obedecen por tener fe en él y no porque así lo ordene la norma legal o la tradición. En el líder concurren no sólo atributos personales, sino también la función que ha de desempeñar en una posición concreta y la conducta que se espera de él en la coyuntura y el entorno históricos que le han tocado vivir. El líder no puede ser abstraído de las instituciones, de las organizaciones y de las relaciones con la élite y los seguidores.

Metodología

Para estudiar los líderes y las élites políticas se pueden emplear diferentes métodos orientados a la obtención de datos y diversas técnicas para analizarlos. En nuestro caso, la investigación se desarrolló de la siguiente manera: los instrumentos que hemos utilizado son una ficha de todos y cada uno de los políticos, que recoge sus datos personales, sociopolíticos y sociodemográficos, analizados con la ayuda de un programa informático SPSS, que permite elaborar análisis multivariados. Lógicamente, con posterioridad, confrontamos las informaciones oficiales procedentes del Parlamento de Canarias con las provenientes de otras fuentes (Centro de Investigaciones Sociológicas, el CIRIES, la Fundación Foessa, el Centro de Estudios del Cambio Social, el Instituto Nacional de Estadística, el Instituto Canario de Estadística, el Instituto de la Mujer, el Instituto de la Juventud, etcétera), así como documentos, notas de prensa o testimonios de personas conocedoras; bibliografía y revistas especializadas, sobre todo las referidas a otros estudios empíricos sobre los líderes y las élites políticas.

Nuestra investigación es original, monográfica, actual, de naturaleza teórica y empírica, así como de carácter comparativo y relacional, empleando generalmente fuentes primarias.

Por último, la mirada epistemológica que defendemos pretende servir para explicar la realidad social, comprender la actuación de los políticos y transformar la realidad; a este respecto, es importante que la investigación sea socialmente útil y que los ciudadanos mismos puedan juzgar los hallazgos del análisis para orientarse mejor en su contexto y poder cumplir sus deberes cívicos en una sociedad democrática.

La etapa siguiente de la investigación consistió en analizar los datos, con el fin de deducir las conclusiones pertinentes; también hemos realizado cruces de variables para comprobar cuáles eran las relaciones estadísticamente positivas entre las mismas.

Hemos pretendido llevar a cabo un análisis general y comparado de los factores que más inciden en el proceso de liderazgo, centrado en los diputados canarios. La hipótesis que formulamos es la siguiente: en torno a todo líder encontramos una élite política que le ayuda a dirigir el movimiento u organización y a generar entusiasmo en favor de un proyecto político; el líder y la élite política realizan, por tanto, la misma función; tienen un potencial



similar; el líder sin la élite no puede existir; la única diferencia entre el líder y la élite consiste en que el primero personaliza la política y la segunda la colectiviza; de resto, estimo que hay coincidencia en todas sus características. La élite política proviene de las clases privilegiadas. Y el líder pertenece a esa élite o minoría poderosa.

Por puro sentido común, el estudio del líder ha de estar centrado en el individuo y el de la élite en un colectivo minoritario. Sin embargo, la élite como el líder pueden ser objeto de una investigación empírica y comparativa, en la que se realice un análisis de su perfil sociodemográfico, su carrera política, etcétera, tanto desde el punto de vista dinámico como estático. Y tanto de forma individualizada como agregada: la élite política la hemos estudiado siempre político por político, sin menoscabo de que alcancemos conclusiones referidas al colectivo. Lo mismo hay que hacer con los líderes.

La relación entre el líder y la élite política

El líder y la élite política tienen un potencial similar. Las investigaciones contemporáneas sobre élites han resaltado la existencia de una serie de rasgos básicos que le son propios: varones, orígenes sociales acomodados, credenciales académicas superiores, centros educativos de calidad, edad madura, residencias urbanas en los barrios más aristocráticos, profesiones típicas (juristas, profesores, burócratas, directores...), etc. Pues bien, el líder cuenta igualmente con esos rasgos, como no podía ser menos.

El líder sin la élite no puede existir. El líder adquiere sentido en la interacción con la élite, necesita de la élite para asesorarse y para que le ayude a desarrollar el proyecto político. El líder ha de ser receptivo a las opiniones de la élite, que es la que le mantiene en contacto con la masa de seguidores, cuyos puntos de vista hay que tener en cuenta permanentemente, y no sólo durante la campaña electoral. Porque el líder tiene que conocer el ambiente político, los problemas y los ciudadanos. Unas veces el líder influye sobre la masa y otras es el clamor de ésta la que presiona al líder. Por citar un ejemplo solamente: los resultados electorales pueden tener varias lecturas. No obstante, el líder y la élite dirigente deben acertar con la

lectura o lecturas correctas si desean retener y acrecentar su poder.

En el estudio del liderazgo hay que tener en cuenta, además de la élite y de la masa de seguidores, los partidos políticos, las instituciones, los medios de comunicación social o el ámbito de gobierno. El liderazgo es un proceso relacional de gran complejidad en el que intervienen el líder, el entorno social, el ámbito de dominio político, la élite y los seguidores. Todos esos componentes son relevantes; no vale decir que la política verdadera es la colectiva o la personalizada. Por otro lado, de las instituciones dimana autoridad que el líder aprovecha como un recurso básico para afianzar su poder. No todos los que presiden una institución y, por tanto, tienen autoridad, son líderes; en cambio, todos los líderes tienen autoridad.

La única diferencia entre el líder y la élite consiste en que el primero es singular y la segunda es plural; es decir, en que el primero personaliza la política y la segunda la colectiviza. De resto, estimo que hay coincidencia en todas sus características. Si el líder dirige y domina, la élite también, aunque sea en un nivel inferior y siguiendo las instrucciones del líder. Como dice Laswell (1974): “Sea cual fuere la forma especial de expresión política, la característica común de personalidad política es el ansia por obtener respeto. Cuando ese motivo va unido a una especialización en manipulación y a circunstancias oportunas, surge el político eficaz”.² A lo largo de la obra, este autor no diferencia entre la élite y el líder. Para él, son lo mismo: unas veces habla del político en singular y otras se refiere a la élite como colectivo.

Tanto cuando se habla de la élite como cuando se habla del líder, hay que hacer referencia a la desigualdad de oportunidades y recursos. No se puede decir que sólo el concepto élite puede ser aplicado allí donde la asignación de recursos es manifiestamente desigual. Tanto el líder como la élite provienen, salvo raras excepciones, de las clases privilegiadas. Tanto uno como otra concentran recursos que las capas populares jamás podrán controlar. Y el líder pertenece también a esa élite o minoría poderosa. Eso es lo que indican todos los estudios empíricos que conozco. Y el sentido común.

No sólo es el líder el que se mueve y actúa. Entre el líder y los seguidores se encuentra la élite política, desempeñando la función de

² Ibídem, p. 19.

enlace o intermediaria entre los intereses de los seguidores y la ambición del líder. La élite también dirige y además, transmite el mensaje del líder a los militantes y simpatizantes, que a su vez lo trasladan a los votantes. En definitiva, el líder y la élite política realizan la misma función, con la única diferencia de que el primero es el símbolo individual del poder y la segunda es la minoría selecta de dirigentes que le ayuda. Por ello considero imposible estudiar el liderazgo sin recurrir al concepto de élite política. Otra cosa bien distinta es que los estudios sobre élites se hayan centrado en fotografías estáticas de su perfil sociodemográfico. No obstante, en los últimos años muchos estudios sobre élites se han venido ocupando de sus aspectos dinámicos: carrera política, profesionalización, reclutamiento y selección, renovación o circulación, movilidad social, opiniones, competencia electoral, conflictos y luchas por el poder, capacidad de respuesta ante las demandas de los electores, relaciones que establecen los actores políticos (líderes, élites, seguidores) y funcionamiento de las instituciones, entre otros.

Precisamente porque el liderazgo es un fenómeno relacional es por lo que no puede haber líderes sin seguidores, ni líderes sin élites políticas. En algunos análisis sobre el liderazgo se habla de la relación del líder con sus seguidores, pero se olvida de que entre esas dos partes se encuentra la élite política, que forma parte de su equipo de gobierno, que encabeza y dirige la red de apoyo del líder. Sin duda, la categoría de seguidores puede englobar a los militantes y simpatizantes, pero no a la élite política. Porque no debemos olvidar que la élite política es una minoría detentadora del poder, organizada, cohesionada y dinámica (teoría de la circulación de las élites), que se perpetúa a pesar de las técnicas democráticas de control y de recambio en los cargos públicos. Y si el líder no está vinculado necesariamente a determinadas posiciones de las estructuras de autoridad, la élite tampoco. Esta no puede ser concebida exclusivamente como una minoría estática, ligada a dichas posiciones de autoridad.

La élite política es reclutada y organizada por los partidos políticos; recorre varios niveles representativos, empezando por los de rango inferior (cargos locales) y los puestos de confianza y de libre designación. Los asesores de confianza influyen en la gestión diaria de las instituciones, no sólo desde el punto de vista técnico, sino también político, pero no ocupan

posiciones en las estructuras de autoridad. De hecho, al puesto de confianza o de libre designación pueden volver igualmente como estación de retorno algunos políticos que han ocupado ya posiciones de autoridad. Por tanto, los dirigentes del partido, los dirigentes de sindicatos y patronales ligados a partidos afines, los consejeros de confianza y de libre designación forman parte de la élite política, pero no de la estructura de autoridad.

Los propios partidos políticos, que “expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política” (artículo 6 de la Constitución Española), no forman parte de la estructura de autoridad. Sin embargo, en los sistemas democráticos, la estructura de autoridad no se puede construir sin el concurso de los partidos políticos, que al ser constitucionalizados, tienen el monopolio de la representación política. Por consiguiente, no es correcto restringir el concepto de élite política exclusivamente a las personas que ocupan posiciones en las estructuras de autoridad, es decir, a las que ostentan cargos públicos.

¿Para qué necesitaría el líder relacionarse con la élite política? Pues para adoptar decisiones, fijar la agenda, estudiar cómo realizar las tareas políticas, buscar recursos y recabar apoyos. En la toma de decisiones programadas es seguro que interviene la élite política, especialmente la que pertenece a la dirección del partido. En cambio, las decisiones no programadas, dado su carácter imprevisto y frecuentemente urgente o crítico, las toma el líder. Cuando éste toma las decisiones asesorado por su equipo de confianza o por la dirección de su partido, el riesgo disminuye. El valor y la experiencia se le suponen al líder, aunque algunos errores cometidos por líderes históricos nos indican que todos están sujetos a la posibilidad de equivocarse. Algunas decisiones las toma el líder por su cuenta y riesgo, pero otras ni siquiera las toma él, sino la élite política, e incluso otros, ajenos a su ámbito de poder, que el líder tolera porque favorece sus intereses. Sin ir más lejos, ciertas decisiones tomadas por la dirección de sindicatos, patronales, asociaciones o movimientos sociales, pueden generar beneficios al líder.

¿Y cómo tomaría el líder las decisiones? Pues podría tomarlas por su cuenta, consultando (normalmente a su equipo de confianza), conjuntamente con la élite, delegando en ella o asumiendo decisiones ajenas. A través de un



análisis decisional, podríamos averiguar cuáles es el modo o combinación de modos más frecuente que presenta su toma de decisiones; de esta manera sabríamos qué tipo de líder es y qué estilo decisional prefiere.

A la élite política se le reprocha con frecuencia ser excesivamente homogénea, estar desligada de la sociedad, pertenecer a las clases privilegiadas, ser casi únicamente masculina y estar integrada por un alto porcentaje de funcionarios y juristas. La discusión sobre la igualdad de oportunidades ha tenido aquí un ámbito habitual, dado que es evidente que sólo una minoría accede a los puestos de poder. Sin embargo, las críticas no han conseguido variar estas características, dado que obedecen a factores sociológicos que responden a lógicas estructurales, funcionales, profesionales e institucionales precisas.

Constatamos la evidencia oligárquica, la presencia de una minoría selecta de dirigentes en la dirección de los partidos y de las instituciones públicas. Es más, se viene produciendo una progresiva profesionalización de esta élite y aumentando la desigualdad de oportunidades a la hora de acceder a la cúspide del poder. Weber ya constató la aparición de políticos profesionales y burócratas ocasionada por la creciente división del trabajo que conlleva el desarrollo del Estado moderno. Pero no sólo Weber se percató del fenómeno: Mosca, Pareto, Michels, Lenin, Schumpeter y Easton, entre otros, han destacado la profesionalización de las tareas políticas, impelida por la necesidad de contar con personal competente y experimentado desde el punto de vista técnico y político.

Los partidos se han tenido que organizar, reclutar y formar profesionales. Incluso los partidos de izquierdas, cuando se convierten en partidos de gobierno, alistan más profesionales de la política que empleados u obreros, por motivos de eficacia funcional. Los partidos políticos no pueden ya ser dirigidos por notables, que se dedican a la política sin especializarse, como aficionados instruidos. A medida que la política se hace más compleja, se precisa de hombres y mujeres profesionales de la política, con experiencia y amplios conocimientos.

Todo ello significa que la política se convierte en un ámbito cada vez menos accesible y abierto a las clases populares, pues está reservado a los profesionales de la misma, capaces de enfrentarse en la arena política a los políticos profesionales de otros partidos. Todos

estos profesionales viven “para” y “de” la política. La élite parlamentaria confirma la “ley de desproporción creciente” (Putnam). Aunque las clases populares son las más numerosas de la población, su presencia en las instituciones políticas es muy exigua, en beneficio de una minoría selecta sobrerepresentada. La desigualdad de oportunidades es incluso más lacerante para algunos colectivos, especialmente mujeres y jóvenes de condición social modesta, no importa la ideología que predique el partido de turno.

La relación entre el líder y los seguidores

El líder utiliza básicamente los recursos de la Administración pública y de su partido para llevar a cabo el trabajo político. Pero también mantiene relaciones con otros actores para incorporarlos a su red de apoyo y así aumentar sus recursos. En ocasiones inclusive actúa en solitario, movilizando un mínimo de recursos. Quizás una de las misiones más importantes del líder sea la de crear y mantener una red de apoyo a su política y de mediación con los ciudadanos. Esta red de apoyo puede ser constituida apoyándose en relaciones personales, de autoridad, de colaboración, coercitivas, interesadas, clientelares y corruptas. Las combinaciones entre todas estas formas relacionales pueden ser infinitas, dependiendo del líder y de sus circunstancias.

¿Quiénes forman parte de la red de apoyo al líder? En primer lugar, la élite política -presente en la estructura de autoridad, en la dirección de su partido, en su equipo de confianza, en la burocracia, en los puestos de libre designación de la Administración pública-, los militantes y simpatizantes del partido, y finalmente, sus votantes. Los primeros que perciben el liderazgo son los componentes de la élite política; ellos son los primeros que confían y creen en su líder, seguramente por su honestidad, su sentido de la responsabilidad, su visión de futuro, su competencia técnica o su capacidad para despertar entusiasmo en el pueblo; son sus más leales y cercanos colaboradores.

Ahora bien, increíblemente, según Justel (1992), la influencia del líder en la decisión de los electores es muy exigua en comparación con la que ejercen la ideología y la identificación con el partido. Todos los estudios realizados los últimos años coinciden en afirmar que el partido político es el factor que más influye en los electores a la hora de votar. Esto resalta

la importancia del partido político, que es tanto como decir de la élite política, que es la que al fin y al cabo dirige el partido y está siempre cerca del líder. No obstante, el factor liderazgo, en unos casos, y la ideología del votante, en otros, se manifiestan más relevantes que los factores de clase y religión.

El líder puede convencer, arrastrar, interpretar o representar a las masas, relacionarse directamente con el pueblo, pero nada de esto quiere decir que no provenga de la élite política, que no sea su prolongación natural, en todos los sentidos: político, económico, social, cultural... Está claro que el líder ocupa una situación central en la actividad de su grupo -la élite política- y la de sus seguidores. Otro aspecto que debe subrayarse es que ni el líder ni la élite política provienen del pueblo. Todos los estudios empíricos demuestran que, tanto uno como otra, están separados del pueblo en todos los sentidos señalados anteriormente, forman un colectivo aparte, privilegiado, selecto. "Utilizando palabras y gestos sancionados, la élite obtiene de las masas sangre, trabajo, impuestos, aplauso". (Laswell, 1974, p. 31). ¿Acaso no es lo mismo que obtiene el líder? Entonces, ¿cuál es la diferencia entre la élite y el líder en política?

Cuando se trata el tema del estilo de trabajo del líder, en casi todos los tratados se menciona el carácter de la relación del líder con sus seguidores³ o con otros agentes políticos, de una manera genérica, sin especificar más, lo cual deja en el aire el lugar que ocupa cada actor político en dicha relación. Y no podemos olvidar que el líder se relaciona con su entorno (en el que se encuentran sus seguidores) y es seleccionado en el seno del partido por su dirección (élite política), en función de las necesidades del momento histórico. El líder guía, pero también es guiado; ordena, pero también obedece. Es decir, el líder y sus seguidores (militantes, afiliados, simpatizantes y votantes)⁴, el líder y la élite política, se influyen mutuamente, pues se trata de recursos humanos complementarios: una de las partes no tiene sentido sin las otras.

En términos generales, la élite política es anterior al líder, porque es precisamente la

minoría dirigente que selecciona y elige al líder. Se puede decir que el líder es una prolongación de la élite, excepto en casos excepcionales. El estatus del líder se entiende formando parte de un grupo, la élite política, no fuera de la misma. En cambio, no se puede decir que el líder sea una prolongación de los seguidores. Por tanto, la élite política no se debe incluir en la categoría de "seguidores", sin más, salvo que se defina este concepto de un modo muy amplio.

El vínculo entre el líder y sus seguidores tiene un carácter discontinuo: en una sociedad democrática, el líder proporciona bienes, valores, servicios u otros objetivos comunes, a cambio de votos, fundamentalmente, aunque también puede recibir ayuda financiera u otro tipo de apoyos; por ejemplo, durante las campañas electorales, en momentos críticos, etcétera. Como asegura Laswell (1974, p. 61) "El destino de una élite resulta profundamente afectado por la forma en que manipule su medio; es decir, por su utilización de la violencia, los bienes, los símbolos y las prácticas".⁵ Por contraste, la unión del líder con la élite política es permanente y muy estrecha, hasta el punto de que en numerosas ocasiones alguno de sus componentes (vicepresidentes, ministros, presidentes y consejeros de gobiernos autónomos, diputaciones y cabildos, alcaldes y concejales, dirigentes del partido, entre otros) ejerce un papel vicario del líder. Sin duda, también la élite recibe recompensas o castigos del líder, pero lo que queremos resaltar en este caso es la unión tan estrecha que mantienen en comparación con el vínculo intermitente que enlaza al líder con los seguidores.

Cuando se habla de la relación del líder con su entorno político, se hace referencia a la que establece con sus seguidores, los partidos políticos (militantes o afiliados), los grupos de interés (organizaciones sindicales y empresariales, asociaciones, movimientos sociales), los medios de comunicación y el pueblo. Como se puede observar, se suele obviar la relación con la élite política, que no encaja en ninguna de las categorías mencionadas. La élite dirige el partido político, pero no es el partido, puesto que éste está formado por más grupos, como los militantes y los afiliados, sin contar los que

³ "El hecho de que la ciencia política se concentre en los influyentes no implica que se olvide la distribución total de valores en la comunidad. Es imposible localizar a los pocos sin tener en cuenta a los muchos" (Laswell, 1974, p. 25).

⁴ Podríamos definir estos cuatro conceptos de una manera sencilla. Militantes son los afiliados al partido que participan activa y regularmente en el trabajo político del mismo. Afiliados: tienen carné del partido pero no participan o colaboran en contadas ocasiones. Simpatizantes son personas no afiliadas que colaboran esporádicamente con el partido en ocasiones especiales (elecciones, referendos, emergencias...). Votantes son personas no afiliadas que sólo apoyan electoralmente al partido.

⁵ Laswell, Harold D. (1974): *La política como reparto de influencia*. Aguilar. Madrid, p. 26.



le apoyan desde fuera (simpatizantes y votantes). El líder mantiene una relación directa y estrecha con la élite política, en tanto que su grado de autonomía respecto a los demás actores políticos y sociales es mayor. Por otro lado, si el líder está ligado a alguna institución pública, su grado de autonomía es, lógicamente, más restringido que si no lo está, en cuyo caso incluso puede gozar de independencia.

Las instituciones públicas de carácter presidencialista favorecen indudablemente el florecimiento de la relación de liderazgo, por la sencilla razón de que no son estructuras colegiadas, donde un órgano colectivo asume las principales competencias ejecutivas, en detrimento del poder del líder.

Las evidencias empíricas

Una vez demostrado que el líder proviene de la élite, que sociológicamente el líder tiene las mismas características que la élite, podemos continuar el análisis destacando estas similitudes. La desigualdad de recursos y oportunidades no es nueva ni algo que nos deba sorprender. Indignar, sí; pero sorprender, no. Decía Laswell (1974: 113) que el Reichstag alemán de 1919 sólo tenía un 6,4% de miembros dedicados a actividades manuales y que esta proporción era muy semejante a la del Reichstag de 1912. En el Parlamento de Canarias no hemos encontrado un solo caso en todas las legislaturas (1983-2003). Del Gobierno de Canarias hay que decir lo mismo. Lo cual significa que en términos de representación las clases populares sufren un déficit incontestable.

Nuestra élite parlamentaria es de tal naturaleza que confirma la ley que Putnam (1976: 33) denomina “ley de desproporción creciente”. “Esta ley señala que cuanto más alto sea el nivel de autoridad política habrá más personas que pertenezcan a grupos que tengan una posición alta en la estructura social (...) puntúan más alto en las escalas de prestigio, riqueza, salarios; es decir, que tienen una posición socioeconómica privilegiada, por encima del resto de personas”, como afirma Coller (1999:

195). A pesar de que las clases populares son las más numerosas de la población canaria (70%, según el Instituto Canario de Estadística en 1996), su representación en el Parlamento de Canarias es escasa. Esta afirmación está avalada por los datos referidos a los estudios y la profesión que analizábamos más arriba. Los únicos estratos sociales que pueden exhibirlos son los medio-altos y altos, es decir, las clases privilegiadas. En Canarias, el 69% de los títulos superiores lo obtiene el 9% de la sociedad, o sea, la minoría acomodada que ha podido realizar la inversión educativa necesaria para ejercer las profesiones de más prestigio, que son las que aportan ingresos sustanciosos, abren puertas y permiten el acceso al poder. En cambio, el 70% de la población canaria (estratos medio-bajo y bajo) sólo consigue un 11% de los títulos superiores.

La sobrerepresentación de las clases privilegiadas, los universitarios, los funcionarios, los profesores, los profesionales liberales, los empresarios... valida la “ley de desproporción creciente” planteada por Putnam.

En las dos primeras legislaturas, el Parlamento de Canarias contó con una sola mujer, la socialista María Dolores Palliser Díaz, que también fue consejera del Gobierno de Canarias. En la tercera legislatura, encontramos cuatro mujeres (7% de los 60 diputados): tres del PSOE y una de las AIC. En la cuarta legislatura, ocho (13%): tres del PP, dos del PSOE, dos del PCN y una de CC. En la V Legislatura la cifra de mujeres ya asciende a 19 (32%): siete del PSOE, seis del PP, cinco de CC y una de AHI. Un 32% de representación femenina nos sitúa más dignamente en términos relativos. A este respecto, la evolución de la presencia femenina en las Cortes Españolas refleja también un pausado pero constante aumento del porcentaje de mujeres, que va de un 6,3% en la primera legislatura a un 24,3% de la última (1996).

La presencia de mujeres en cargos públicos suele ser escasa, a tenor de investigaciones realizadas en otros países.⁶ Y qué lejanas parecen las posibilidades de alcanzar la reivindicación de la democracia paritaria en España. La

⁶ Véanse a modo de ejemplos los datos del informe de la Unión Interparlamentaria: *Distribución de los escaños entre los hombres y las mujeres en los Parlamentos Nacionales, y Las mujeres y el poder político. Encuesta realizada en los 150 parlamentos nacionales existentes al 31 de octubre de 1991*. Publicaciones del Congreso de los Diputados. Madrid, 1992. Asimismo, en el cuadro comparativo de porcentajes de mujeres que se sentaban en los Parlamentos de los quince países de la Unión Europea se constata que oscilan entre el 5,7% del Parlamento de Grecia (1993) y el 40% del Parlamento sueco (1994). Y en lo que afecta a los Gobiernos de la UE, la presencia femenina va del 3,9% de Grecia (1995) al 50% de Suecia (1994). España cuenta en 1996 con un 26,6% de féminas en el ejecutivo. (Fuente: Red de expertas europeas, *Women in Decision-Making*. Citado por Uriarte, Edurne: “Las mujeres en las élites políticas”, en Uriarte, E. y Elizondo, A. (coords.): *Mujeres en política*. Ariel. Barcelona, 1997, pp. 57-58). Afirma Robert D. Putnam que “women are the most underrepresented group in the political elites of the world” (las mujeres son el grupo más infrarepresentado en las élites políticas del mundo). (Putnam, R. D.: *The Comparative Study of Political Elites*. Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall, 1976, p. 32).

izquierda ha comenzado antes a incorporar a las mujeres, pero la derecha ha dado un salto importante en los últimos años bajo el liderazgo de Aznar. La falta de igualdad ante la ley es lo que genera inseguridad jurídica y hace tan lacerante la discriminación en cualquier sistema político, más aún en una democracia que proclama la igualdad en su Constitución como uno de los derechos fundamentales. La incorporación de la mujer al Parlamento es de estricta justicia. La legitimidad y la autoridad del Parlamento se refuerzan si refleja la diversidad de la sociedad. Si la mitad de ésta está compuesta por mujeres, el Parlamento debería reflejarla. Hoy en día muchos partidos las están incorporando a sus candidaturas por el fuerte significado simbólico que tiene tal decisión: simboliza el convencimiento democrático de que la mujer aporta una visión absolutamente diferente al quehacer político. "Las mujeres tienden a apoyar con más frecuencia los temas políticos relacionados con los derechos de las mujeres, se preocupan en mayor medida de temas de política social y dan prioridad al contacto con los electores y a las actividades relacionadas con el distrito electoral por el que fueron elegidas".⁷

Los partidos políticos vienen desarrollando estrategias de incorporación de las mujeres en la actividad partidaria e institucional, reconociendo implícitamente que las mujeres están infrarrepresentadas y que incorporarlas tiene una importancia política y electoral creciente. Las medidas habituales que han tomado los partidos consisten en la aceptación retórica de tal demanda, las medidas de acción positiva que animan a las mujeres a participar, impulsando su encuadramiento y su formación en el seno del partido; y las medidas de discriminación positiva que aseguran una presencia mínima de mujeres como es el caso de las cuotas de representación. La democracia paritaria consiste en reflejar fielmente en el Parlamento la realidad que se observa en la sociedad: que ésta está formada por hombres y mujeres. Estas medidas deben implantarse lo antes posible puesto que producen beneficios electorales a los partidos y porque ideológicamente hay que acabar con la discriminación y la desigualdad entre los sexos.

El nivel de estudios de los diputados canarios es elevado: el 58% (sobre 174 diputados) tiene estudios universitarios de grado superior (16 con el grado de doctor), el 32 % tiene estu-

dios universitarios de grado medio, sólo el 8% cuenta con estudios secundarios y el 2% con estudios de FP. Si sumamos los dos grupos que han estudiado en la universidad, obtendremos que el 90% tiene un título universitario. Como se puede observar, su legitimación académica es muy alta. Muchos estudios sobre élites políticas han demostrado que existe una conexión entre buena educación y posiciones de elite y que, a su vez, el nivel de estudios está influenciado por la variable clase social, es decir, por el poder económico familiar. Las estadísticas oficiales muestran que sin medios económicos no se puede obtener una credencial universitaria.

En lo que respecta a la profesión, los funcionarios son los más numerosos, seguidos de los abogados, los profesores de EGB, los empresarios y los profesores universitarios. El peso de los funcionarios nos hace pensar en una tecnificación de la élite parlamentaria bajo la forma de burocratización de la misma. Y esto ocurre en todas las fuerzas políticas: al parecer, ningún partido que se precie puede prescindir de la colaboración de los profesionales al servicio de la Administración. Si sumamos todas las categorías de profesores, estos se constituyen en los profesionales más numerosos de la cámara (34%). Los juristas no podían faltar entre los profesionales que mayor número de representantes cuentan en la institución, pues es una constante en todos los parlamentos democráticos del mundo. Los empresarios alcanzan una cifra digna de destacar. Observen que la inmensa mayoría de las profesiones que aparecen en la tabla son codiciadas y minoritarias en la sociedad. Hasta el punto de que las profesiones liberales totalizan nada menos que otro 34% de los representantes. En conclusión, solamente una minoría social puede obtener las credenciales académicas oficiales que le acrediten para el ejercicio de tales profesiones. Y esto significa que los partidos se erigen en canalizadores de los intereses e ideas de tal minoría social, intereses e ideas que se acaban plasmando en la producción legislativa y en la composición del Parlamento de Canarias.

Los diputados isleños han desarrollado una carrera política ascendente jalonada por una serie de etapas. Sólo en casos excepcionales, los diputados provienen de una institución de rango superior: las Cortes Generales, el Gobierno de España, etcétera. Durante las cinco legislaturas que han transcurrido en los

⁷ Norris, Pippa: "Las mujeres políticas: ¿un nuevo estilo de liderazgo?", en Uriarte, Edurne y Elizondo, A. (coords.) (1997): *Mujeres en política*. Ariel. Barcelona.



últimos veinte años, que son los de existencia del Parlamento de Canarias, la élite política ha venido circulando entre la dirección del partido, los cargos públicos y los cargos de confianza, ya sea en el partido, ya en la Administración pública. Hasta tal punto es así que a la dirección de sus respectivos partidos pertenecen 114 diputados (el 66%, es decir, una mayoría cualificada de dos tercios). Lo más habitual es que los futuros diputados canarios sean designados candidatos directamente por la dirección del partido (52%) y/o comenzar su carrera política meritocrática adquiriendo experiencia como concejales, consejeros de los cabildos o alcaldes (que representan el 63% de los diputados). A la hora de seleccionar a los candidatos, los partidos optaron por personas con competencia profesional, experiencia política y, a la vez, militancia de partido.

Como se puede colegir, el líder también realiza una carrera política ascendente, comenzando por los puestos inferiores, en el seno del partido y en las instituciones públicas. En la actividad política española, el líder hace carrera simultánea y complementariamente en ambos ámbitos. En ocasiones, los partidos colocan en las cabeceras de las candidaturas a independientes de reconocido prestigio en algún ámbito de la sociedad. Pero esto suele disgustar bastante a los dirigentes y militantes que constatan cómo personas que no han trabajado para engrandecer el partido son ubicados en los lugares preeminentes. Podemos categorizar como líderes a los cinco Presidentes del Gobierno de Canarias, un 3% de la élite parlamentaria, en los últimos veinte años. Sus características medias son más elitistas que las del resto de la élite. Todos ellos son titulados superiores (tres con el grado de doctor). Dos son profesores titulares de universidad (uno de Derecho y otro de Medicina), un empresario, un abogado y un médico. Todos pertenecen a la dirección de sus respectivos partidos. Con relación a sus carreras políticas, mejor personalizamos. Fernando Fernández Martín ha sido diputado en Cortes y eurodiputado. Manuel Hermoso Rojas ha sido alcalde de Santa Cruz de Tenerife, diputado canario, vicepresidente y consejero del Gobierno de Canarias. Lorenzo Olarte Cullen ha sido presidente del Cabildo Insular de Gran Canaria y vicepresidente del Gobierno de Canarias. Jerónimo Saavedra Acevedo se ha desempeñado como diputado en Cortes, senador y ministro en dos ocasiones. Román Rodríguez ha sido director general del Gobierno de Canarias. De

los vicepresidentes del Gobierno de Canarias se puede decir otro tanto.

Conclusiones

El retrato sociodemográfico de la élite política podría ser descrito así: hombres, pertenecientes a los estratos medio-altos y altos de la sociedad, con títulos universitarios, centros educativos de calidad, edad madura, residencias urbanas en los barrios más aristocráticos de las principales ciudades, profesiones típicas (juristas, profesores, burócratas, directores...), etc. Pues bien, el líder cuenta igualmente con esos rasgos, como no podía ser menos, pero más acentuadamente elitistas.

El líder sólo puede existir en relación con la élite, adquiere sentido en la interacción con la élite, necesita de la élite para asesorarse y para que le ayude a desarrollar el proyecto político. La élite le mantiene en contacto con la masa de seguidores y no debe ser sólo durante la campaña electoral. Porque el líder tiene que conocer el ambiente político, los problemas y el sentir de los ciudadanos. De lo contrario está perdido y tardará poco en perder el poder que se le ha confiado.

El liderazgo es un proceso relacional de gran complejidad en el que intervienen el líder, el entorno social, el ámbito de dominio político, la élite y los seguidores. No se puede afirmar que la política verdadera es la colectiva o, por el contrario, la personalizada. Por otro lado, de las instituciones dimana una dosis de autoridad que el líder aprovecha como un recurso básico para afianzar su poder. No todos los que presiden una institución y, por tanto, tienen autoridad, son líderes; en cambio, todos los líderes tienen autoridad, en el seno de las instituciones públicas o al margen de ellas.

La única diferencia entre el líder y la élite consiste en que el primero personaliza la política y la segunda la colectiviza. De resto, hay coincidencia en todo. Si el líder dirige y domina, la élite también, aunque sea en un nivel inferior y siguiendo las instrucciones del líder. Los componentes de la élite política también son líderes en otros ámbitos políticos, generalmente de importancia inferior o en un territorio de menor entidad que el que domina el líder. Tanto el líder como la élite provienen, generalmente, salvo raras excepciones, de las clases privilegiadas. Tanto uno como otra concentran recursos escasos y valiosos. El líder pertenece a la minoría poderosa; es lo que indican todos los estudios empíricos que conoz-

co. Y el sentido común.

No sólo es el líder el que se mueve y actúa. Entre el líder y los seguidores se encuentra la élite política, desempeñando la función de enlace o intermediaria entre los intereses de los seguidores y la ambición del líder. La élite también dirige y además, transmite el mensaje del líder a los militantes y simpatizantes, que a su vez lo trasladan a los votantes. En definitiva, el líder y la élite política realizan la misma función, con la única diferencia de que el primero es el símbolo individual del poder y la segunda es la minoría selecta de dirigentes que le ayuda. Por ello consideramos imposible estudiar el liderazgo sin recurrir al concepto de élite política. Otra cosa bien distinta es que los estudios sobre élites se hayan centrado en fotografías estáticas de su perfil sociodemográfico. Pero en los últimos años muchos estudios sobre élites se han venido ocupando de sus aspectos dinámicos: carrera política, profesionalización, reclutamiento y selección, renovación o circulación, movilidad social, opiniones, competencia electoral, conflictos y las luchas por el poder, capacidad de respuesta ante las demandas de los electores, relaciones que establecen los actores políticos (líderes, élites, seguidores) y funcionamiento de las instituciones, entre otros.

Precisamente porque el liderazgo es un fenómeno relacional es por lo que no puede haber líderes sin seguidores, ni líderes sin élites políticas. Se habla de la relación del líder con sus seguidores, pero se olvida la élite política, que forma parte de su equipo de gobierno, que encabeza y dirige la red de apoyo del líder. La élite política es una minoría detentadora del poder, organizada, cohesionada y dinámica, que se perpetúa a pesar de las técnicas democráticas de control y de recambio en los cargos públicos. Y si el líder no está vinculado necesariamente a determinadas posiciones de las estructuras de autoridad, la élite tampoco. Esta no puede ser concebida exclusivamente como una minoría estática, ligada a dichas posiciones de autoridad.

El líder se encuentra en contacto permanente con la élite política para adoptar decisiones, fijar la agenda, estudiar cómo realizar las tareas políticas, buscar recursos y recabar apoyos. En la toma de decisiones programadas es seguro que interviene la élite política, especialmente la que pertenece a la dirección del partido. En cambio, las decisiones no programadas, dado su carácter imprevisto y frecuentemente urgente o crítico, las toma el

líder. Cuando éste toma las decisiones asesorado por su equipo de confianza o por la dirección de su partido, el riesgo disminuye. Algunas decisiones las toma el líder por su cuenta y riesgo, pero otras ni siquiera las toma él, sino la élite política, e incluso otros, ajenos a su ámbito de poder, que el líder tolera porque favorece sus intereses. Por ejemplo, decisiones de la dirección de sindicatos, patronales, asociaciones o movimientos sociales, pueden generar beneficios al líder.

Constatamos la evidencia oligárquica, la presencia de una minoría selecta de dirigentes en la dirección de los partidos y de las instituciones públicas. Es más, se viene produciendo una progresiva profesionalización de esta élite y aumentando la desigualdad de oportunidades a la hora de acceder a la cúspide del poder.

Los partidos se han tenido que organizar, reclutar y formar profesionales. Incluso los partidos de izquierdas, cuando se convierten en partidos de gobierno, alistan más profesionales de la política que empleados u obreros, por eficacia funcional. A medida que la política se hace más compleja, se precisa de hombres y mujeres profesionales de la política, con experiencia y amplios conocimientos.

Todo ello significa que la política se convierte en un ámbito cada vez menos accesible y abierto a las clases populares, pues está reservado a los profesionales de la misma, capaces de enfrentarse en la arena política a los políticos profesionales de otros partidos. Todos estos profesionales viven “para” y “de” la política. La élite parlamentaria confirma la “ley de desproporción creciente” (Putnam). Aunque las clases populares son las más numerosas de la población, su presencia en las instituciones políticas es muy exigua, en beneficio de una minoría selecta sobrerepresentada. La desigualdad de oportunidades es más aguda para mujeres, jóvenes y trabajadores, no importa si el partido es de izquierdas o de derechas.

Para concluir, sólo deseamos expresar el deseo de que las investigaciones que se emprendan sobre los líderes tengan en cuenta también su relación con las élites políticas, pues esta perspectiva enriquecería nuestra visión global de la política. Más estudios empíricos de este tipo nos desvelarían la realidad política de esta relación, sin apasionamientos ni orejeras ideológicas. Desde luego, en nuestro país no conocemos trabajos de esta índole, por lo que podría ser un filón investigador con posibilidades de producir resultados interesantes.



Referencias

- Alba, C. y Vanaclocha, F. J. (1997): *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*. Boletín Oficial del Estado – Universidad Carlos III. Madrid.
- CUENCA, J. M. y MIRANDA, S. (1998). *El poder y sus hombres. ¿Por quiénes hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998)*. Actas. Madrid.
- ETZIONI-HALEVY, E. (1985). *The Knowledge Elite and the Failure of Prophecy*. George Allen & Unwin. Londres.
- Justel, M. “El líder como factor de decisión y explicación del voto”, en *Working Paper 51/92*. Institut de Ciències Polítiques i Socials. Barcelona.
- Laswell, D. (1974): *La política como reparto de influencia*. Aguilar. Madrid.
- Márquez, G. (1999): “Veinte años de democracia local en España: elecciones, producción de gobierno, moción de censura y élite política (1979-1999)”, en *Revista de Estudios Políticos*, 106.
- López, L. y Colomé, G. (1991): “Las élites parlamentarias en las comunidades autónomas”, en *Revista de las Cortes Generales*, número 22, pp. 137-44.
- López, L. (ed.) (1999): *La Comunidad de Madrid: balance de quince años de experiencia autonómica*. Istmo. Madrid.
- Natera, A. (2001): *El liderazgo político en la sociedad democrática*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid.
- Parrado, S. (1996): *Las élites de la Administración Estatal (1982-1991): Estudio general y pautas de reclutamiento*. Instituto Andaluz de Administración Pública. Sevilla.
- Putnam, D. (1976): *The Comparative Study of Political Elites*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Sainteny, G. “Estudio de las élites políticas en Francia”, en *Revista de Estudios Políticos*, número 118, 200, pp. 197-209.
- Uriarte, E. y Elizondo, A. (coords.) (1997): *Mujeres en política*. Ariel. Barcelona.
- Veblen, T. *Teoría de la clase ociosa*. FCE. México, 1957.
- Weber, . *Economía y sociedad*. FCE. Madrid, 1993.